

Ser profesor de filosofía en la UCM

(To Be Professor at the Complutense University)

Antonio M. LÓPEZ MOLINA

Recibido: 10 de junio de 2015

Aceptado: 7 de octubre de 2015

Resumen

Me propongo en este trabajo llevar a cabo una autorreflexión, un autoanálisis acerca de mi dilatada experiencia docente, no desde un punto de vista formal en cuanto a la especificidad del programa y los temas de mis asignaturas, sino acerca de la singularidad de la actividad docente, en la que el *compromiso* con los estudiantes, con la materia impartida, y con la Institución en la que tengo el privilegio de trabajar, constituyen el motivo fundamental que rige y ordena mi oficio como Profesor. Mi exposición recorrerá diez ítems (1. *La clase como creación*. 2. *Espacio, tiempo y materia*. 3. *Siempre hay tiempo. Sobre la dificultad de ajustar los contenidos de una asignatura a las 52 horas*. 4. *La peor clase es la que no se imparte. La peor clase es aquella a la que no se asiste*. 5. *Las virtudes del Profesor*. 6. *La letra con sangre entra, con la sangre del profesor*. 7. *Extensión e intensidad de los contenidos en un curso académico*. 8. *La recompensa del trabajo bien hecho*. 9. *Nuestra dignidad consiste en cumplir con los acuerdos*. 10. *Tutorías, exámenes, evaluación*.), cada uno de los cuales trata de mostrar de forma especular un componente ideal del *buen Profesor* que todos aspiramos ser. En este sentido, este ensayo no consiste en una descripción positivista de la realidad docente, sino que pretende reconstruir una demarcación crítica entre la *idealidad* a la que todos pretendemos llegar y la *realidad empírica* que continuamente nos presiona en sentido inverso. La coacción sin coacciones de la *ejemplaridad* es lo que nos empuja a mantener viva la fe en la apropiación de la naturaleza y el espíritu de ese *Profesor ideal*.

¹ Una exposición resumida de este trabajo está actualmente en prensa en “García Norro, J.J.; Ingala Gómez, E.; Orden, Rafael V. (Coords.): *Diotima o de la dificultad de enseñar filosofía*, Madrid, Escolar y Mayo”.

Palabras clave: profesor, compromiso, clase, creatividad, curso académico, virtudes del profesor, dignidad del profesor.

Abstract

I propose in this paper a reflection, a self-analysis, about my extensive teaching experience, not from a formal point of view of the specificity of the program and the subjects of my courses, but about the singularity of the teaching activities. The commitment with the students, with the topic taught and with the Institution in which I have the honor to work, constitute the fundamental motive that leads and conducts my profession as teacher.

My explanation displays ten items (1. The lesson as creation. 2. Space, time, and subject. 3. There is always time. About the difficulty to adjust contents to 52 hours. 4. The worst lesson is the one not given. 5. The teacher's virtues. 6. To spare the rod is to spoil the child. The child's rod. 7. Extension and intensity of the contents in the academic year. 8. The reward of the well-done work. 9. Our dignity lies in the fulfillment of the agreements. 10 Tutorial, exams and evaluation). Each of them presents a speculation about one of the ideal elements of the good teacher all of us aim to be. For that reason this essay is not a positivist description of the teaching reality, but it expects to reconstruct the critical demarcation between the ideality which all of us try to achieve and the empirical reality that constantly pull us in the opposite direction. The coercion without coercions of the exemplariness pushes us to maintain alive the faith in the appropriation of the nature and soul of the ideal teacher.

Keywords: teacher, commitment, lesson, creativity, academic year, teacher's virtues, the dignity of the teacher.

Ser Profesor es difícil, ser un buen Profesor es muy difícil, ser un buen Profesor de Filosofía es casi una tarea utópica. Nos comprometemos con nuestros alumnos, con nuestros maestros, con nuestra familia, con nuestra vida, pero nunca estamos seguros de haber conseguido los ideales perseguidos en ese compromiso.

Ciertamente, la palabra que mejor define nuestra vida como docente es la de compromiso, compromiso con los estudiantes, con la Institución y con la sociedad. La dificultad consiste en mantener vivo ese compromiso a lo largo de cada clase, de cada semana, de cada trimestre, de cada curso. Y renovarlo una y otra vez en nuestras distintas reinenciones personales. Se suele decir, no sin cierta cursilería, que se trata de un compromiso con la excelencia; es verdad, pero a mi no me repugna cambiar ese ideal por un compromiso con el trabajo diario, con el esfuerzo, con la

disciplina y también con la mediocridad irremediable que siempre nos está acechando en todos los actos de nuestra vida.

Así pues, ¿en qué consiste nuestro compromiso con la excelencia? Yo lo definiría como aquella forma de ser Profesor que nunca está satisfecha con una ética de mínimos, sino que está orientada al deber exigido por la práctica diaria de la enseñanza, por la práctica continua de la docencia. Ello significa el reconocimiento de la dificultad de enseñar una materia a un grupo determinado de alumnos, así como la dificultad misma de transmitir unos conocimientos que el Profesor debe estar en ese momento investigando, porque de lo contrario, la clase se convierte en un cementerio de ideas muertas, esto es, en el cumplimiento de un horario con un contenido que deja insatisfecho al Profesor, y que no es capaz de alumbrar ninguna inteligencia ávida de saber.

1. La clase como creación

Crear es sacrificar, y para ello es preciso tener una abundancia de cosas, en este caso de conocimientos, de los cuales es preciso elegir unos y desechar otros. Entender la clase como creación lleva consigo una ardua preparación intelectual por parte del Profesor, pero también un arduo entrenamiento físico y mental. Se trata de pensar y transmitir esos conocimientos a partir de unas lecturas, de unos textos relevantes que consigan involucrar al estudiante en el tema o materia impartida.

Por lo tanto, la clase es actividad por parte del Profesor y del estudiante. Nunca me he creído, más bien me he burlado de ello, esa imagen transmitida de generación en generación, que aún se puede oír en algunos medios de comunicación y en diversas reuniones más o menos cercanas a nosotros mismos, en conformidad con la cual el Profesor de Universidad imparte sus clases leyendo unos folios, amarillentos por su uso continuado, en la que la actividad docente consiste en leer algo que no interesa a nadie, mientras que los estudiantes toman notas al pie de la letra sin tener conciencia de lo que escriben, o simplemente se dedican a sus pensamientos o a sus comunicaciones vecinales.

Quiero creer que esta imagen es simplemente un mal guión de una mala película en la que se representa el doble monstruoso de la actividad docente. En definitiva, no me la creo. Por el contrario, lo que yo conozco de mis maestros, de mis compañeros de generación y de mis mejores discípulos, es que la clase es un acto único e irreplicable, con la enorme suerte de poder ser corregido en las clases siguientes, que exige una actitud por parte de los agentes (Profesor y estudiantes) que tiene que ser definida como creación, esfuerzo continuado, disciplina y atención. Esto lleva consigo una buena preparación por parte del Profesor y una cuidada programación de los contenidos secuenciales de un curso.

2. Espacio, tiempo y materia

Tenemos la enorme suerte de que el calendario está inventado. Nos lo dejaron como regalo los egipcios. Es tarea de un buen Profesor la adecuación entre espacio, tiempo y materia. Con el espacio, me refiero naturalmente al aula o seminario donde debemos impartir nuestras clases. Debe ser un espacio cómodo, ajustado al número de alumnos de ese grupo; los alumnos deben estar sentados cerca del Profesor, esa cercanía física es condición indispensable para la cercanía intelectual; la cercanía física, implica, en el estudiante, esfuerzo y atención; la lejanía, por el contrario, es fuente de despistes, de alejamiento intelectual, de desinterés y, en último término, de ausencia absoluta de la mente del estudiante respecto de lo que el Profesor está intentando transmitir. No hay espectáculo más penoso que un aula grande con un reducido grupo de alumnos, esparcidos por las distintas filas, algunos de las cuales están tan lejos del Profesor, que es como si no estuviesen presentes.

En mis clases lucho contra ese vicio; sin embargo, he de reconocer que al cabo de un mes de llamadas continuadas al agrupamiento, desisto de mi tarea. Y con ello, como Profesor, tengo que resignarme a contemplar como algún alumno está en clase *wifeando*, como otros leen apuntes de otras asignaturas, o como otros, más educados, despliegan sus fantasías más allá de la clase. Desde la tarima y la experiencia, es absolutamente fácil contemplar, deducir e inferir todas esas actitudes. Algunas veces, cuando estoy más cansado, llamo la atención de esos “alumnos”, los cuales resignados reconocen que estaban leyendo otros apuntes o que estaban poniendo un *whatsapp*. En esa situación, no puedo resistirme a explicarles didácticamente su falta de educación y de cuidado para con un Profesor que se está esforzando en enseñarles algo, que va a ser único en su vida. Porque una clase, fruto del esfuerzo continuado de un Profesor, es un acto, es un espectáculo, único, que no se puede repetir, que no se puede comunicar si no has estado ahí en ese momento. Me gustaría pensar que alguna vez he convencido a esos infieles de la necesidad de prestar atención en las clases de un Profesor. Otras veces, ya metido a profeta, les hago saber que la naturaleza y la historia son muy vengativas y que ya tendrán ocasión de vivir esta situación con los papeles cambiados, desde el otro lado.

Igualmente, es muy importante el tiempo. Los Profesores de mi generación hemos pasado de clases de una hora en tres días alternos, tanto cuando éramos alumnos como en los primeros años de Profesor Ayudante, al régimen actual que suele ser dos horas dos días a la semana, normalmente seguidos, y en el que el contenido de un asignatura se imparte en un cuatrimestre. El buen Profesor debe saber cuantas horas de clase va a impartir durante el curso. Si son trece semanas, solo va a impartir, como máximo, cincuenta y dos horas, que pueden quedarse en cuarenta y ocho o cincuenta debido a cualquier incidente (enfermedad, huelga, etc). Creo que es una equivocación la típica queja consistente en sostener que no hay tiempo sufi-

ciente para impartir los contenidos de una determinada asignatura. Por el contrario, el buen Profesor tiene que ajustar tiempo y materia.

El contenido de cualquier asignatura de Filosofía es colosal, es cuasi-infinito. Es el buen regalo de nuestra materia. Hay tantos enfoques, tantas perspectivas, una historia tan dilatada, tan rica, de cualquier problema filosófico, que la difícil tarea consiste en crear, esto es, en elegir (y, por tanto, sacrificar) aquellos contenidos que desde la subjetividad de un Profesor que tenga un sano sentido común, sean los más adecuados y pertinentes, y que puedan ser desarrollados con absoluta solvencia, en conformidad con su itinerario o formación filosófica. Creo que constituyen un error las programaciones formales o externas, debidas al ideal formal de que todo cuadre o de que todo quede bien. Me explico: en diversas reuniones acerca de la actividad docente de los Profesores, siempre aparecen los defensores de que cada asignatura debe tener un contenido absolutamente distinto de las otras y que, por tanto, es preciso evitar las repeticiones de contenidos (autores y temas) en las diferentes asignaturas. Es una queja que suele partir de los alumnos y que algunos Profesores bienintencionados elevan al Claustro.

Mi punto de vista acerca de esta cuestión es el siguiente: por sí misma la repetición de contenidos en las distintas asignaturas a lo largo de los cuatro cursos académicos del Grado de Filosofía no es ni buena ni mala, es indiferente. Es muy mala si las clases en que se imparten esos contenidos son mediocres; es muy buena, si las clases en que se imparten tales contenidos son creativas, estimulantes, fruto del esfuerzo y preparación del Profesor. El formalismo de evitar la repetición es preciso transformarlo, elevarlo, al ideal del contenido bien trabajado, del contenido siempre nuevo, siempre renovado por la subjetividad del Profesor. Ello significa repetir autores y temas (Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Hume, Kant, Hegel, Marx, Nietzsche, Foucault, Habermas, Ser, Conocimiento, Sujeto, Razón, Voluntad, Verdad, Categorías, Principios, Diferencia, Belleza, etc.), pero no se trata de una repetición monocorde o pasiva por parte de los agentes implicados, sino de una continua y renovada re-creación de los argumentos, temas y reflexiones que han conformado y conforman nuestra tradición occidental.

3. Siempre hay tiempo. Sobre la dificultad de ajustar los contenidos de una asignatura a las 52 horas

Una queja continuada de algunos docentes es que en un cuatrimestre es imposible impartir toda la materia que corresponde supuestamente a una determinada asignatura. Y así, dedican una parte del precioso tiempo a explicarles a los alumnos (también a los colegas) la imposibilidad de impartir su asignatura en una franja tan corta de tiempo. Algunos, incluso, imparten clases paralelas, clases de recuperación,

etc. Pensemos. La riqueza de una asignatura como Teoría del conocimiento I o Teoría del conocimiento II es de tal envergadura que, aunque estuviésemos explicándola durante el doble o el triple de horas, siempre permanecerían temas y matices que quedarían fuera del programa, marginados, y que los ávidos alumnos nunca podrían conocer a partir de las explicaciones del sufrido Profesor. Por tanto, creo que es necesario transformar la cuestión, pensarla en un nivel diferente, en un nivel superior, atacándola desde su núcleo y no desde sus extremidades.

El buen Profesor tiene que respetar a sus estudiantes, a la Institución y a la sociedad. Ese respeto exige, en primer lugar, una preparación continuada de los contenidos de su asignatura, es lo que llamamos investigación. El Profesor es libre de publicar o no publicar, pero no es libre acerca de una preparación continuada, atenta y cuidada, de su asignatura. Cada curso es distinto. Cada una de las clases de un curso es completamente diferente a las clases impartidas en el curso anterior. Ese es el privilegio del Profesor de Filosofía. Puesto que tenemos la enorme suerte de enfocar nuestra materia desde el nivel de investigación en el que en ese momento estamos instalados, aprovechémoslo. Impartamos esas cincuenta y dos horas de clase, únicas, irrepetibles, que merezcan la pena, y no nos desviemos por la preocupación formal acerca de si hemos impartido todos los contenidos posibles de esa asignatura. Por tanto, ¿debe convertirse cada asignatura en un curso monográfico? Si y no. La dimensión monográfica tiene que venir dada por el lado de la forma, esto es, la perspectiva, el enfoque, el interés, en definitiva, la subjetividad del Profesor; el contenido puede ser tan amplio como la preparación del Profesor lo permita. En cuanto a aquellos temas que el Profesor considere oportuno plantear y para los que no quede realmente tiempo en su específica programación, es aconsejable utilizar las tutorías y las recomendaciones en clase de temas y libros, recomendaciones que tienen que estar muy bien fundamentadas en los conocimientos y experiencia del Profesor.

4. La peor clase es la que no se imparte. La peor clase es aquella a la que no se asiste

Nuestro deber como Profesor consiste en impartir todas las clases de un curso determinado. Por tanto, no es un buen Profesor el que deserta de la clase, porque incluso una mala clase puede tener un buen efecto en el docente y en el discente. En el primero porque adquiere conciencia experimental de sus propios límites; en el segundo, porque puede aparecer en su ánimo la dificultad de recibir buenos contenidos e incluso la posibilidad de diferenciar entre clases buenas y clases mediocres.

Ahora bien, deseo ahora dirigir mi atención a los estudiantes de mi Facultad. Es algo tópico, antiguo, casi una sagrada tradición, un universal antropológico, el que

nuestros estudiantes de la Facultad de Filosofía de la UCM deserten de la clase. Las causas de esa desertión son variadas y conocidas, complejas e ingenuas, algunas absolutamente pintorescas. No me refiero aquí a aquellos alumnos que con gran esfuerzo y dedicación combinan trabajo y estudio, y que, por tanto, no pueden cumplir con su deber de asistencia a clase. Me dirijo específicamente al alumno medio que sí puede asistir a la clase, pero que no la considera ni necesaria, ni conveniente, e incluso la considera perjudicial para su propia formación. Es algo, por otra parte, muy común en nuestra tradición filosófica, si bien la juventud y la audacia de nuestros estudiantes, siempre renovada, convierte esa tradición en algo absolutamente adánico de ese grupo y de esa generación.

El tópico que adorna ese comportamiento desertor de las clases y que lleva consigo una clara deformación del estudiante podría formularse así: “No asisto a clase, porque dedico esas dos horas a estudiar en la biblioteca y así estoy haciendo por mi cuenta una investigación de altura a partir de libros altamente avanzados”, o también, “nos reunimos varios amigos y hacemos seminarios de alta investigación por nuestra cuenta”; otras veces tales seminarios son dirigidos por un joven Profesor bienintencionado, que está en el proceso de construcción de su propia identidad. Cuando oigo año tras año esos mismos tópicos, me pregunto si es un trascendental biológico de los alumnos de la Facultad de Filosofía o es la evocación ingenua del pensador solitario, o simplemente es el típico recurso para no comprometerse con su tarea discente, y en su lugar dedicar todo ese tiempo a los amigos, a pasear o a otros quehaceres ajenos a la Universidad. El caso es que permanece como un trascendental en la mente de nuestros alumnos, como si se tratase de unas ideas innatas o virtuales que pasan de generación en generación.

En mis clases, y especialmente en mis tutorías, dedico algún tiempo a explicarles a mis estudiantes que una asignatura es algo cercano, es algo que hay que cuidar, algo que hay que querer, que cuanto más distante se esté de ella, más difícil será aprender su contenido, saber de ella, e incluso hasta será difícil aprobarla, si bien también les dejo caer que un aprobado (cinco) en Filosofía es también el símbolo de no haber aprovechado la ocasión para conocer una materia, siempre importante. De hecho, aquellos alumnos que desertan de las clases para prepararse la asignatura por su cuenta, salvo honrosas excepciones, suelen terminar abandonando la asignatura o suspendiéndola, o lo que es peor, perdiendo la ocasión de aprovechar unas enseñanzas directas y comprometidas y en su lugar obtener, como fruto de la no asistencia a clase, el triste aprobado. Muchos años después, seguramente esos estudiantes terminarán sufriendo la pesadilla de la “asignatura no aprobada”.

5. Las virtudes del Profesor

No vale con cumplir con nuestro deber. Esa es la condición formal de nuestra profesión, sino que es preciso llenarla de contenidos. No nos vale una ética formal, una ética de mínimos, sino que el compromiso constante del Profesor exige una ética de las virtudes, tanto de las virtudes del carácter como de las virtudes dianoéticas.

Empecemos por las virtudes dianoéticas. El compromiso del Profesor con su asignatura consiste en la continuada preparación de los materiales que van a ser explicados en las horas de docencia y tutorías. A eso solemos llamar investigación cuando toma cuerpo en las revistas especializadas y en los libros. Pienso que la investigación también es una condición formal y material de la docencia, pero estoy en contra del reduccionismo monopolista de la investigación, en detrimento de la actividad docente.

Ningún tiempo pasado fue mejor, fue simplemente diferente, y todos éramos más jóvenes. El ideal de Universidad sin ANECA, sin sexenios, sin acreditaciones, se acabó. En su lugar, nuestra sociedad, instalada en un régimen absolutamente democrático, con un Parlamento que representa la voluntad general, ha decidido que nuestra querida institución universitaria esté orientada y, de algún modo, dirigida por instituciones externas a ella. Ciertamente, en ese sentido, se ha perdido una parte de la autonomía universitaria. Pero no hay que rasgarse las vestiduras; los contrapesos y los controles tienen su función positiva en la sociedad. Como siempre, se trata de orientarlos en el mejor camino y obtener el mejor beneficio de aquello que la voluntad general ha convertido en legalidad vigente. ¿Cómo repercute esta dicotomía Universidad/ Agentes Externos en la nueva formación del Profesor?

Hay un mal uso, consistente en orientar la vida profesional del joven Profesor a obtener puntos-ANECA, gracias a sus intervenciones en multitud de Encuentros, Seminarios, Congresos, Reuniones de jóvenes investigadores, de Profesores jóvenes, de Jóvenes posgraduados, de Filósofos jóvenes, etc. Sin duda alguna, los Encuentros, congresos y seminarios son importantes en la formación del Profesor, tanto joven como maduro, representan el lugar ideal de diálogo de una comunidad de investigadores que intercambian sus experiencias y sus investigaciones con ocasión de algún evento importante, como puede ser la conmemoración de una publicación o del nacimiento o muerte de un gran filósofo. Hay muchas razones para llevar a cabo un evento de este tipo.

Ahora bien, la presión de la ANECA sobre los proyectos de investigación, sobre el currículum vitae de los jóvenes investigadores, ha tenido como consecuencia una mala práctica y es que al intensificarse por doquier este tipo de eventos, ha llevado a pensar, sobre todo a los jóvenes investigadores, que su formación de cara a la docencia a la que todos aspiran y desean, consiste en un ir y venir, en un continuo

trasiego entre congresos y reuniones, entre ciudades y países. Ciertamente, esos privilegiados de los viajes de investigación acumulan sus puntos ANECA y suelen ser los candidatos triunfantes en las evaluaciones de las comisiones académicas de selección del profesorado que, para no aguar la fiesta a la ANECA, se empeñan en seguir confundiendo los medios con los fines, los instrumentos con el contenido. El resultado no es bueno. Son los jóvenes Profesores de cuarenta años, para los que impartir una clase sin los instrumentos tecnológicos adecuados (ordenador, tablet, pizarra digital, Power Point, acceso a internet, etc) es un suplicio, casi una imposibilidad. Ciertamente ellos no tienen la culpa, son una víctima más del sistema, pero la sociedad a la que ellos deben servir tampoco. El caso es que la mayoría de estos jóvenes investigadores han olvidado –quizás haya sido ese el gran triunfo de la ANECA–, que la actividad docente exige, ante todo, razón y lenguaje.

Razón y lenguaje, he ahí la cuestión. Los Profesores de mi generación hemos tenido que adaptarnos, si bien también hemos podido desertar, al nuevo orden, esto es, a publicar para no quedarnos sin sexenios, a participar en múltiples congresos para seguir siendo conocidos, a dirigir y participar en proyectos de investigación para no quedarnos en simples Profesores. El caso es que los proyectos de investigación, las publicaciones y los congresos son buenos en si mismos, y hay que reivindicarlos como tales; la falacia consiste en transformarlos en simples medios, útiles para alcanzar sexenios y acreditaciones, sin tener en cuenta la cosa misma, esto es, la formación del Profesor y su desdoblamiento en un docente comprometido con su actividad.

Nuestra área de trabajo es la Filosofía, no es la Química, ni lo es la Genética, nuestro laboratorio son las clases, es la actividad docente. Es verdad que una enseñanza que no esté respaldada por una continuada investigación se convierte en algo vacío e incluso perjudicial para el alumno, pero un Profesor que dedique la mayor parte de su tiempo a conseguir puntos-ANECA es también muy perjudicial para el alumno y la sociedad. Como siempre, la virtud está en la proporción, en la concordancia, en la armonía entre nuestra formación investigadora y nuestra actividad docente. Como ya he anunciado, la excelencia de nuestra profesión no es ningún ideal utópico, sino que es trabajo, esfuerzo, disciplina, compromiso con nuestra asignatura, con nuestros alumnos y con la sociedad.

Y para ello, también son necesarias ciertas virtudes éticas: generosidad, amabilidad, justicia y solidaridad. Para que un curso funcione bien, el Profesor tiene que ser amable, tiene que ser cercano, tiene que ser solidario, tiene que ser generoso, en definitiva, tiene que ser justo con todos sus alumnos. Como ya sabemos, así nos lo explicaron los antiguos, la justicia es la virtud total, solamente superada por la amistad, pero aun no hemos llegado a averiguar si “la amistad es una virtud o es un sentimiento acompañado de virtud”. Mientras lo averiguamos, creo que la justicia aderezada de amabilidad, de cercanía y generosidad, es la virtud que debe regir las rela-

ciones entre el Profesor y los estudiantes. No considero un buen Profesor a aquel que dedica su esfuerzo y generosidad al grupo reducido de alumnos muy inteligentes; tampoco, por supuesto, a aquel tipo de Profesor que, pretextando que son muy inteligentes, se separa de ellos. Considero que el buen Profesor tiene que serlo de todos y cada uno de los estudiantes que hay en un grupo y, por tanto, es tarea primordial salvar, esto es, transmitir su saber a todos, con el objetivo de que todos salgan bien instruidos. Esa tarea exige perspicacia, cuidado, prudencia, atención, generosidad y justicia.

A lo largo de un curso (cuatrimestre), las relaciones entre estudiantes y Profesor son múltiples, en las clases, a la salida de clase, en el pasillo, en el despacho (tutorías), etc. Creo que es un deber del Profesor conocer a todos y cada uno de sus alumnos, aunque cada año resulte más difícil recordar sus nombres. La tutoría es el medio ideal para interesarse por su relación con la asignatura (textos, apuntes, artículos), por sus intereses y por su esfuerzo. El estudiante es libre de interesarse o no por la asignatura, pero no así el Profesor, cuya máxima debe ser el que todos sus estudiantes obtengan el máximo beneficio de su trabajo, esto es, la deserción del alumno es libre, por el contrario el Profesor debe tener siempre un plan B para que eso no se produzca.

Hay un tópico que todos los Profesores hemos oído alguna vez: “Estos estudiantes no saben nada”. Deseo recordar que todo estudiante matriculado en la Universidad española ha tenido que superar unas pruebas PAU, que son absolutamente formales, universales y justas, y que garantizan una específica e incuestionable formación de ese estudiante. En consecuencia, la tarea del Profesor de Universidad es enseñar al que no sabe, y no quejarse del que no sepa. Ciertamente, siempre hay un grupo de alumnos que exigen más atención, más explicaciones, más tutorías, etc., y la tarea del Profesor consiste en facilitarle la adquisición de tales conocimientos; otro asunto es que tales estudiantes no aprovechen esas facilidades. En cualquier caso, los que nos dedicamos a esto, no podemos olvidar la máxima del buen Profesor: “La letra con sangre entra, con la sangre del Profesor”. No hay alumnos ignorantes, sino Profesores despistados.

6. La letra con sangre entra, con la sangre del Profesor

De cualquier modo, la enseñanza es una actividad en cuyo ejercicio no siempre es necesario sentir placer. Siempre hay clases o periodos de clase en que la experiencia docente choca con la resistencia de una realidad adversa. Ese es el momento del sufrimiento del Profesor, y si ese sufrimiento es bueno, terminará transformándose en un momento creativo de la actividad docente.

Una buena recepción de la crítica de los estudiantes es el mejor comienzo para un periodo fecundo de clases bien impartidas, esto es, de clases con un buen impacto en la audiencia. Creo que todos tenemos la experiencia de un curso o un periodo de un curso en el que, por habernos impuesto nuevos retos en los objetivos de la asignatura, empezamos a sentirnos muy insatisfechos por el día a día de la clase. Sin embargo, si somos capaces de superar esa situación primaria de resistencia de la realidad, siempre resultará que esos cursos son los que más impacto tienen en los estudiantes; ello es así porque la mejor forma de comunicar ideas es esforzarse en explicarlas. Sin duda alguna, mis mejores clases han versado sobre temas que yo no tenía suficientemente claros, pero sobre los cuales había trabajado mucho. El esfuerzo de autoexplicación delante de un auditorio que está obligado a escucharte, permite y exige al Profesor dar las suficientes vueltas a un tema como para que este sea comprendido por esos interlocutores, a pesar de que el propio Profesor no lo tenga asimilado de forma clara y distinta. Me ha ocurrido esta situación muchas veces y es un momento de plenificación, porque, de repente, caemos en la cuenta de que, efectivamente, enseñar no es sólo, ni principalmente, transmitir conocimientos ya sabidos, sino explicar esferas de conocimientos de los que tenemos los materiales y algunos caminos para andar por ellos, pero también algunos *Holzwege*, que en la clase pueden quedar abiertos por los estudiantes y por el Profesor mismo.

Y por supuesto, también todos tenemos la experiencia contraria. Ocurre cuando nos disponemos a impartir una clase, cuyos contenidos conocemos con una suficiencia precisa, y sin embargo, esa clase se nos va escapando en la medida en que avanzamos en el razonamiento, debido, sobre todo, a esa autosuficiencia, y no haber valorado previamente que el final de un problema nunca se puede adelantar, porque la argumentación queda débil, endeble, superficial y de bajo nivel especulativo. Recuerdo aún la primera vez que me ocurrió y sentí el escalofrío del que advierte cómo una clase que tenía perfectamente preparada se iba diluyendo en una mediocridad de la que no era posible escapar, a pesar de todos los conocimientos que potencialmente podían ser utilizados.

En este momento de mi vida académica sigo muy preocupado por este tipo de situaciones. Durante un curso hay que intercalar clases muy sabidas con clases en las que estamos explorando nuevos materiales; la feliz adecuación entre ambos patrones permite el éxito de un curso en el que no debe existir una diferencia sustancial en el modo de impartir esas clases, ya sea un material muy elaborado previamente, ya sea un nuevo material que está en proceso de producción. En ambos casos, la tarea del Profesor es esforzarse en la exposición de ese material como si fuese la primera vez que lo explica ante una audiencia determinada. Eso es una ardua tarea, pero muy rentable desde el punto de vista didáctico y formativo.

Es tarea del Profesor provocar en el estudiante preguntas y reorientar, en el mejor sentido, las respuestas a esas preguntas. Es necesario, en el contexto de la

clase, saber reorientar las preguntas del estudiante con el fin de provocar un clima distendido e inteligente. Todas las preguntas son importantes, el Profesor debe ser capaz de elevarlas y considerar su pertinencia para ese momento de la argumentación. Ello permite un buen diálogo y produce una autoestima tal en el estudiante que puede cambiar una vida. Nunca he compartido, más bien he combatido, juicios tales como “Fulano no sirve para la Filosofía” o, como yo he oído hace ya mucho tiempo a algún Profesor permitirse decirle a un estudiante: “Usted no sirve para esto”. En primer lugar, esos juicios despectivos atentan contra la dignidad de la persona, pero es que además son falacias propias de la razón perezosa (*ignava ratio*), o lo que es peor, de la razón equivocada (*perversa ratio*).

Es oficio del Profesor provocar el sentimiento de autoestima en el estudiante; no consiste en engañarle, sino en darle una oportunidad que posiblemente nunca haya tenido. Muchos estudiantes así lo entienden y a partir de la confianza que un profesor ha puesto en ellos, han conseguido sacar una carrera brillante de lo que era una carrera sin objetivos definidos. El deber del Profesor es producir ese estado de confianza, el estudiante es libre de aprovecharlo o dejarlo pasar. Mi experiencia es que casi todos los estudiantes aprovechan esta situación para orientar sus currículos académicos hasta metas a las que sólo se puede llegar con mucha ilusión, esfuerzo e interés.

7. Extensión e intensidad de los contenidos en un curso académico

Por supuesto, es recomendable que el Profesor de Filosofía imparta una buena información en sus clases, siempre muy al hilo de buenos comentarios bibliográficos acerca de artículos y libros que hayan marcado un hito en el acontecer de esa materia, y así, orientar a los estudiantes en la lectura de esa bibliografía. Es una tarea muy digna ese trabajo de orientación en esa selva informativa y, desde luego, hacerle caer en la cuenta de que la información solo tiene sentido si la poseemos a través de la paciencia y el esfuerzo. Internet puede ser una gran ayuda, pero jamás puede suplantar la lectura de una selecta bibliografía.

De cualquier modo, esta parte de nuestra tarea es subsidiaria de otra de más alto calado. Me refiero a la lectura y comentario de los grandes textos de la tradición occidental. En este caso, el tiempo se para y se dilata. Es bueno dedicar mucho tiempo a explicar un pequeño texto si lo hacemos con la intensidad que exige extraer ideas, comentarlas, relacionarlas y provocar un diálogo inteligente que anime y obligue al estudiante a pensar y a caer en la cuenta de que la lectura de un fragmento clásico vale más que cualquier lectura de bibliografía secundaria. Ahora bien, vale más si y solo si esas mentes están preparadas para captar el sentido profundo que subyace a las páginas sublimes de Aristóteles, Kant, Hegel o Habermas. La

intensidad en la explicación de los argumentos fundamentales de las grandes obras necesita tiempo, y, por tanto, no se trata de explicarlo todo, sino de explicar bien lo que el acontecer de la clase permita explicar. Me gusta resumir todas estas ideas en esta frase: “Quien sabe mucho de poco, sabe poco de mucho, pero no a la inversa”.

Y luego queda la satisfacción de la explicación y la comprensión. Explicar bien un problema filosófico a partir de un texto potente, deja en el Profesor un profundo sentimiento de agrado, de placer, que, a su vez, es compartido por el estudiante cuando esa explicación se ha transformado en una comprensión adecuada y profunda del problema explicado. Posiblemente esta comprensión no llegue a todos los estudiantes del mismo modo, pero es la semilla que permite ir sembrando y abriendo posibilidades para que, cada vez más, el grupo selecto se vaya ampliando y la Filosofía no sea meramente objeto de unos privilegiados.

Como ya he comentado, no soy partidario de aquella concepción que mantiene que la Filosofía es solo para unos pocos privilegiados que llegan a alcanzar las ideas sublimes del Profesor, unos iluminados que empatizan con aquel. Muy al contrario, es tarea del Profesor, salvar a todos y cada uno de los estudiantes de una clase, siendo consciente de las diferencias existentes entre ellos, diferencias que se reflejarán en la calificación final, pero no en el proceso ni en la intención del Profesor. Este tiene que hablar para todos, y exigirse al mismo tiempo que todos lo entiendan; el esfuerzo subsidiario es tarea del propio estudiante.

Salvar al estudiante, esa debe ser la divisa fundamental del Profesor. Ello no quiere decir someterse o subordinarse a los posibles distanciamientos de los estudiantes con la asignatura, sino muy al contrario, prevenir esos distanciamientos y, una vez detectados, encauzarlos hacia empresas mejores; para ello la labor personalizada es el único remedio. Por ejemplo, un alumno que está perdiendo el interés por las clases, que no las entiende, que prácticamente tiene dejada la asignatura, puede ser encauzado, de nuevo, hacia la asignatura, proponiéndole un proyecto específico para ese quehacer. Yo suelo hacerlo todos los años con alumnos que percibo perdidos y casi sin retorno. Les propongo lecturas y comentarios por escrito de un libro, de capítulos, de artículos, etc. Les obligo a que cada semana me traigan por escrito esos comentarios que yo corrijo y califico. De este modo, sigo incluyendo en el curso a alumnos que andan tan absolutamente perdidos que consideran normal abandonar o no aprobar la asignatura. Les hago, pues, un traje a medida y ellos son libres de ponérselo o no. Mi experiencia hasta ahora es del 50% de éxito. La secuencia siempre es la misma: cuando les propongo el plan (leer y comentar un libro y traerme comentado un capítulo cada semana), les parece tan absolutamente fácil que hasta dudan de la efectividad de ese plan en cuanto a la adquisición de los conocimientos. Cuando me traen el primer capítulo, ya se dan cuenta de las bondades del procedimiento, cuando me traen el segundo ya les parece demasiado difícil seguir el procedimiento. Algunos de ellos lo dejan aquí o llegan solo al tercer capítulo,

pero muchos otros llegan hasta el final y se sienten satisfechos, porque por primera vez en su vida han leído completamente un libro de Filosofía. Casi siempre los libros y artículos que recomiendo en este procedimiento han sido escritos por mis maestros y mis colegas.

8. La recompensa del trabajo bien hecho

“La memoria es quebradiza para los aciertos, muy resistente para los errores”.

Los principios son inciertos, los finales suelen ser malos, decadentes, casi tenebrosos, lo mejor suele ser lo que está en el medio. Esto que vale para la narración de toda biografía, también vale para la narración de la vida académica, con un añadido muy especial, y es que cada curso académico, para bien y para mal, es absolutamente nuevo y la memoria de las cosas buenas es bastante frágil, frente a la memoria de las equivocaciones que, de generación en generación van contándose, deformándose cada vez más y ridiculizando cada vez más cada año al supuesto profesor sobre el que se narran tales relatos.

De cualquier modo quiero insistir en un hecho: en cada curso académico tenemos la posibilidad de conquistar nuestra propia honra, nuestra propia autoestima en el esfuerzo diario del curso, y eso es algo bueno, pues incluso en el caso en que haya una cierta leyenda en torno a la mediocridad del profesor, siempre hay la posibilidad de contrarrestarla con el trabajo diario. Por tanto, es un privilegio del Profesor el que en cada curso tenga la posibilidad de reconvertirse en el joven Profesor que necesita desesperadamente buscarse aliados entre los líderes político-intelectuales de cada grupo.

Ahora bien, esta situación tiene su cruz. El trabajo bien hecho acumulado durante muchos cursos académicos tiene una vida efímera, la memoria de la obra bien hecha parece que no tiene piernas, que no anda, si la comparamos con las equivocaciones que vuelan de generación en generación. Eso tiene como consecuencia que empezar un curso significa un acto de rejuvenecimiento extremo, pues cada Profesor necesita demostrar no sólo un buen conocimiento de la asignatura sino un buen estado físico y un saber conectar con el grupo ideológico dominante de la clase. Tales condiciones permiten al Profesor una tranquilidad de espíritu para poder desarrollar un curso con solvencia y dignidad. A partir de esa situación es cuando hay que conquistar la clase, a cada uno de los estudiantes de esa clase. Y para ello, la única posibilidad es conocerlos uno a uno.

Mi experiencia es que tengo que luchar cada curso para que los alumnos me entreguen una ficha con foto reciente. Tal tarea requiere bastante esfuerzo, y el resultado nunca llega al 70 % de los alumnos. Las causas para no entregar la ficha, la mayoría de las veces, es simplemente dejadez y olvido por parte de los estudiantes, es decir, desinterés absoluto por ayudar al Profesor al conocimiento de cada uno

de los estudiantes de la clase. Y luego, también, la sempiterna razón: “todo está en internet”. Pero, cuando logro por fin, encontrar sus fotos en las matrículas de primero de Licenciatura o de Grado, aparte de que un 20 % no tienen foto, las que aparecen no tienen nada que ver con el joven actual que tengo delante. A partir de noviembre suelo dejar acabado el fichero y pongo fichas en blanco para aquellos alumnos que no me la han entregado. Y para mí, es verdaderamente incómodo llegar al final del curso y poner una calificación a un estudiante que no conozco físicamente y cuya única referencia es una ficha en blanco que yo mismo he puesto. Todo esto lo explico en clase varias veces durante el mes de octubre, pero no consigo persuadir a un irreductible grupo de estudiantes. Y eso, que cada vez que alguno me entrega una ficha con foto, aunque sea el último día del curso, se lo agradezco tanto como si fuese lo más importante que me ha ocurrido ese día. Pero la desidia es tan grande, tan resistente, tan irracional, que solamente la amenaza del castigo podría mover a ese grupo irreductible a entregar la ficha con foto incluida.

Y yo a eso me resisto, la libertad en la asistencia a clase y en la entrega de fichas es un privilegio del estudiante, que no está en contradicción con la libertad del Profesor en la inclusión de este comportamiento como un componente intangible de las calificaciones. La calificación final de un curso en el que la equidad y la imparcialidad sea el motor de esa acción, siempre estará atravesada de una forma positiva por el conocimiento directo del estudiante. Cuando uno de ellos, al que no conozco de nada realiza un buen examen o un excelente trabajo, me sorprende gratamente y le hago llegar una excelente calificación, pero hasta ahora lo que la práctica y la costumbre me han enseñado es que acabará haciendo un examen o un trabajo mediocre. Quiero decir con ello, que no se trata de favorecer a aquellos que se han preocupado de forma positiva por ser conocidos a lo largo del curso, sino que el esfuerzo de esos estudiantes suele ser mejor recompensado que el de aquellos otros, cuya única relación con el curso es meramente formal y administrativa. Un curso es la metáfora de toda una vida, un comienzo jubiloso, nuevo, con muchas ganas, un progreso continuado, que se aprecia de forma positiva, las primeras dificultades que hay que ir superando y luego la necesidad de salvar el final con mucha dignidad; y todo ello exige un gran esfuerzo por parte del estudiante y del Profesor. Para ambos salvar un buen curso es una tarea difícil y, por tanto, buena.

No obstante la recompensa de la obra bien hecha llega tarde, pero llega. Es una verdadera satisfacción el reducido grupo de alumnos con el que se puede llegar a conectar y con el que se suele mantener una relación de varios años que se materializa en másteres, doctorados y, en el nuevo organigrama docente, en TFGs, y también es muy grato entrar de nuevo en contacto con aquellos estudiantes que, habiendo tenido menos relación con ellos, sin embargo te los encuentras años después en centros de secundaria y te recuerdan la buena formación que obtuvieron en tu asignatura, gracias a la cual incluso han llegado a superar una oposición de secundaria. Yo suelo decir que esa recompensa es la savia del Profesor, es lo que posibilita esa

autoestima tan necesaria como útil para seguir creyendo en nuestra propia profesión, es el suelo firme sobre el que podemos mantener nuestra vida como docentes. Si eliminamos esos momentos de gratitud, de reconocimiento, de subida del ego, la vida académica se convierte en una vida sin “alma”, sin “espíritu”, en una mera vida administrativa. Y justamente estos momentos de reconocimiento son los que nos preparan para superar los momentos bajos que siempre nos están acechando, momentos que sólo se pueden superar mediante el estudio, la investigación y la entrega en la propia actividad docente.

Un curso tiene un principio y un fin. Cada año intento impartir los dos cuatrimestres a un mismo grupo, aunque siempre hay algunos estudiantes nuevos en el segundo cuatrimestre. Ello me posibilita acumular aciertos, también errores, a un mismo grupo durante un curso. Es una buena tarea de un buen Profesor hacer el balance personal del curso que ya se ha acabado, evaluar bien el impacto en los estudiantes, y también evaluar con distanciamiento la entrega, el esfuerzo del Profesor en ese curso, en último término enjuiciar con verdad y justicia los aciertos y errores. Ese ejercicio de autoanálisis es el mejor camino para impartir con absoluta solvencia el siguiente curso y también nos ayuda a reinventarnos de nuevo como el Profesor que hemos querido ser y que deseamos seguir siendo. Eso es lo difícil, “seguir siendo”. Un Profesor puede ser muy brillante en una clase, o en varias, pero ¿qué ocurre durante un curso, o incluso durante un cuatrimestre? El buen Profesor es el que intenta mantener viva la fe del primer día, de la primera clase, el que no se adapta a las circunstancias, el que supera las resistencias de la mediocridad, el que no se adocena, a pesar de los años y de las circunstancias adversas. El buen Profesor es el que se reinventa cada día como el joven Profesor ilusionado que un día debió ser. Ilusión. Esa es la palabra clave. Ilusión y nerviosismo son las condiciones de posibilidad de una clase bien impartida. A ello hay que unirle, evidentemente, preparación y esfuerzo acumulado, pero si una clase no nos pone algo nerviosos, si no mueve nuestras neuronas hasta ensimismarnos en su problemática, sino que, por el contrario, nos conduce a la alteración, entonces es que ese día la mediocridad ronda nuestra actividad.

9. Nuestra dignidad consiste en cumplir con los acuerdos

Es muy fácil, pero irresponsable, vivir en el ingenio, en la subjetividad, sin tener en cuenta la resistencia de la realidad. La objetividad tiene que hacer referencia a la cosa misma y a los juicios acerca de ella, esto es, a los acuerdos a los que se llega. En todo acuerdo hay dos partes, y las dos partes tienen que salir descontentas. Si una de ellas se siente muy satisfecha, ello significa que irremediabilmente, la otra se sentirá disgustada. El buen acuerdo es el que reparte equitativamente placer y displacer. Esta regla general que es preciso tener en cuenta en nuestra vida diaria, sirve también para la actividad docente.

El programa de una asignatura tiene el símbolo, y algo más que el símbolo, de un convenio entre dos partes que es preciso cumplir. En ello consiste la impartición de buenas clases, mantener el nivel de excelencia previsto durante todo el curso, la atención continuada a cada uno de los estudiantes y la evaluación justa. La farsa del cumplimiento de este acuerdo la suelo denominar el pacto diabólico y consiste en escapar tanto el Profesor como el estudiante de las responsabilidades adquiridas. Así el Profesor deserta de su compromiso (excelentes clases, atención cuidada de los estudiantes y evaluaciones justas) y los estudiante se alejan cada vez más de los objetivos propuestos de la asignatura, pero ambas deserciones quedan falazmente encubiertas gracias a unas calificaciones que simulan un curso como si ambas partes se hubiesen comportado en conformidad con los fines propuestos para esa asignatura en ese curso académico.

El pacto diabólico es un sucedáneo que persigue a todo Profesor y a todo estudiante. La falsificación es tan fina y puede ser tan profunda que incluso puede engañar a los propios protagonistas. La expresión tantas veces oída de que “es una asignatura fácil” puede encerrar en sí misma la degeneración de una actividad docente en el que pueden estar perdidos tanto el Profesor como los estudiantes. Como nos recuerda nuestro Ortega, los imperativos vitales tienen que completar a los imperativos culturales, pero no tienen por qué suplantarlos. La verdad y la justicia deben ser templadas por la sinceridad y el afecto, pero no adulteradas por la injusticia y la arbitrariedad. El uso continuado del pacto diabólico puede conducir la actividad docente a una farsa en la que los actores implicados se alejan tanto del ideal propuesto en una asignatura, que aquella se terminará desintegramiento en una esfera de mediocridad, que es la justa venganza que por sí mismo se toma el discurso de la actividad docente.

Pero el pacto diabólico no es una situación real, empírica, que esté muy alejada de cada uno de nosotros, y que solo ocurre a los otros; muy al contrario es connatural a la actividad docente, es el signo de la degeneración, de la mediocridad que continuamente nos persigue, incluso llegaría a decir que es consustancial a la actividad docente. De ahí la enorme dificultad de diagnosticarlo y ante su detección, introducir los remedios adecuados para que no fructifique y pueda ser aniquilado. Los mayores aliados del pacto diabólico son la desidia y la vanidad. La primera es fácilmente detectable y, por tanto, es fácil luchar contra ella; se trata simplemente de la deserción del Profesor de las responsabilidades que conllevan su compromiso con la sociedad. La segunda es más fina y profunda, y más difícil de detectar. Sus primeras manifestaciones hay que buscarlas en el continuado aplauso de los estudiantes, que muchas veces pueden encubrir un compromiso real con su propia actividad. La única forma de luchar contra todo esto es la autocrítica continuada. El elogio de los otros es bueno si detrás de él hay honradez, seriedad, esfuerzo, disciplina y solvencia, es profundamente desestabilizador si detrás de ello sólo hay elementos de una farsa.

De cualquier modo, es totalmente cierto el dicho popular según el cual “el halago nos debilita”, de ahí la necesidad de una adecuada dosis de autocritica, de mucha prudencia en el momento mismo de elevación del ego. Tener un ego ajustado a la realidad es difícil, mantenerlo durante mucho tiempo es una tarea de héroes. Pero es absolutamente necesario. Consiste en no deformar la realidad sino mantener siempre nuestra atención acerca de lo que está ocurriendo realmente delante de nosotros. La resistencia de lo externo tiene que estar en consonancia con nuestra propia subjetividad. La realidad no es caprichosa, no es tan arbitraria como para ser simplemente lo que nosotros queramos que sea, sino que es una suerte de elementos externos e internos. De ahí la necesaria orientación objetiva de nuestra subjetividad, y la necesaria subjetivación de lo objetivo.

En definitiva, lo único que puede salvarnos como buenos profesores es la mirada crítica del otro templada con un adecuado autoanálisis, en el que seamos capaces de narrar una historia en la que no haya vencedores ni vencidos, sino aciertos y errores, momentos de lucidez y mediocridad, trabajo y desidia, brillantez real y apócrifa. La autocritica no se puede convertir en autofagia, pero tampoco en la continua satisfacción del desertor. Desertar de nuestra misión, he ahí lo que más nos debe preocupar; comprometernos con ella y cumplirla es lo que más nos anima y orienta hacia la conquista de una vida encaminada hacia lo mejor.

10. Tutorías, exámenes, evaluación

Existen unas horas regladas para la acción tutorial. El Profesor debe cumplirlas, pero no solo en su forma. Creo que es bueno concertar con los estudiantes previamente la visita en la forma y en el contenido. La tutoría tiene la ventaja de individualizar al estudiante, personalizarlo, concederle su identidad numérica. Para que sea verdaderamente útil, tiene que ser relajada, sin la presión del tiempo ni de los exámenes. De ahí, la necesidad de una buena planificación entre Profesor y estudiante acerca del tiempo y contenido de las tutorías.

Son un excelente complemento de las clases. Al personalizar al estudiante, el Profesor tiene la ocasión de recomendarle las lecturas más pertinentes, aquellas lecturas que siendo válidas para la asignatura no tienen porqué coincidir con las lecturas recomendadas a otros compañeros. En este caso, la subjetividad del estudiante debe prevalecer sobre el planteamiento general de la asignatura. El estudiante de Filosofía es muy especial, siempre tiene un interés individual, una forma de considerar la experiencia filosófica, que si es bien orientada por lecturas adecuadas, puede ser de gran ayuda a su formación, al mismo tiempo que se abre el contenido de las clases a otras perspectivas, que en ese curso determinado el Profesor no ha considerado conveniente desarrollar. Las tutorías son absolutamente libres, y así deben ser, pero el estudiante que las utiliza bien, va a obtener un plus que, por más que nos empeñemos, queda oculto en la clase diaria.

En cuanto a las recomendaciones bibliográficas, el Profesor tiene que ser especialmente cuidadoso con los propios intereses del estudiante. Aquí sí que hay que ser muy diligente con el tiempo. Leer bien, releer un libro o un artículo específico, exige tiempo, por tanto, es obligación del Profesor el recomendar lecturas que reporten al alumno el máximo beneficio intelectual e incluso que estén orientadas a la obtención de las mejores calificaciones. Orientar bien al estudiante en sus lecturas es marcarles un camino que es muy difícil transitar por sí mismo sólo por ensayo y error. Es nuestro deber utilizar nuestra experiencia acumulada para que el estudiante tenga el mayor aprovechamiento de su esfuerzo.

Una evaluación justa es un componente esencial de un curso y de un programa. Mediante ella nos hacemos cargo del impacto de nuestras enseñanzas en los estudiantes; su resultado manifiesta el aprendizaje de los estudiantes y las enseñanzas del Profesor. En la evaluación final hay que juzgar los conocimientos adquiridos por el alumno, el ajuste entre la enseñanza impartida y los conocimientos logrados. Creo que una buena evaluación ha de tener en cuenta los siguientes factores.

1. Examen y/o trabajo. Soy partidario, en la medida en que sea posible, de que aquellos alumnos que así lo deseen, puedan optar para su evaluación por un trabajo. Se trata de un ensayo de iniciación a la investigación, completamente dirigido por el Profesor en todas sus etapas. Tal dirección empieza con la elección de los materiales del trabajo (selección de textos fuentes y textos de literatura secundaria) que el alumno debe leer y estudiar, y que son material imprescindible del trabajo. Ciertamente se trata de una selección pactada, pero tiene que ser el Profesor el que asume la responsabilidad; por tanto, no vale lo que subjetivamente le parezca adecuado al estudiante. Una vez seleccionado el material, el estudiante tiene que dar cuenta, en varias tutorías, de la evolución de su trabajo; de este modo, el trabajo final es el resultado de un seguimiento, del que no pueden desertar ni el estudiante ni el Profesor; de lo contrario este método de evaluación se convierte en un fracaso. En mi experiencia, los estudiantes que optan por este medio de evaluación, suelen quedar más satisfechos, en cuanto a su aprendizaje, que los que optan por el examen convencional. Ahora bien, el examen sigue siendo un instrumento idóneo de evaluación. En mi asignatura acostumbro a poner exámenes muy abiertos a partir de textos canónicos de la tradición (Hume, Kant, Hegel, Dilthey, Peirce, Habermas, etc), con preguntas abiertas en las que se puede calificar tanto los conocimientos como la capacidad de exposición y argumentación (madurez) del estudiante.

2. Créditos prácticos. Actualmente, todas las asignaturas tienen un 33% de créditos prácticos (dos créditos). Es importante aprovechar esa dimensión de la evaluación para obligar al estudiante a la exposición oral del problema filosófico. Yo aprovecho esta vía para explicar al estudiante el progreso en la formación filosófica. Lo explico del siguiente modo: Aprender filosofía es lo mismo que aprender un idioma

extraño. Cuando nos ponemos a estudiarlo, nos sentimos felices por nuestros primeros avances, que meramente nos permiten traducir textos e incluso comprenderlos sin traducirlos; ese es el primer paso. El segundo peldaño consiste en formular preguntas y construir respuestas cortas. Pero solo dominamos un idioma cuando somos capaces de hablar, de comunicar nuestras ideas, en esa lengua, dialogar y replicar, y eso es el fruto de un esfuerzo continuado en el que el rigor y la disciplina son componentes esenciales. Igualmente sucede con el aprendizaje de la filosofía. Podemos muy bien leer los textos en nuestra habitación y entenderlos muy bien, podemos hacer preguntas e incluso intentar respuestas acerca de determinados autores y temas, pero disertar en público acerca de ello es mucho más difícil, exige una ardua preparación para construir un discurso coherente sobre un texto o tema determinado. El seminario, como diálogo *inter pares*, bien dirigido y moderado por un Profesor, es el medio ideal para que el estudiante, poco a poco, pueda ir desembarazándose del miedo a la exposición libre y al diálogo, al mismo tiempo que va abriendo horizontes en su propia formación. Los estudiantes que aprovechan bien este instrumento quedan asombrados y agradecidos de la nueva dimensión que adquiere su mente en el planteamiento de los temas filosóficos. Pensamiento es lenguaje interior, lenguaje es pensamiento exterior, pero exteriorizar nuestros pensamientos exige un esfuerzo que siempre será recompensado por la ampliación de nuestra altura de miras.

3. Actitud del estudiante. Finalmente, desde un punto de vista cualitativo y siempre como algo positivo, en la evaluación yo tengo muy en cuenta la actitud del estudiante. Una actitud de comprensión con la clase, un esfuerzo especial dedicado al cuidado de la asignatura, creo que deben ser factores positivos en la evaluación, y no así la desidia, el desinterés, la falta continuada a clase, el alejamiento de la asignatura y, en último término, la incapacidad de comprometerse con una parcela de su propia formación. La justa evaluación es aquella que sepa combinar felizmente la media aritmética con el sano sentido común del Profesor que conoce al estudiante y que ha podido evaluar su progreso a lo largo del cuatrimestre. El progreso es distinto en cada alumno, pero un estudiante que supere una asignatura tiene que quedar tocado por ella; de lo contrario, estaríamos ante un fracaso del método empleado.

Antonio M. López Molina
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid
amlm@filos.ucm.es